

CAMBIO CLIMÁTICO, ENERGÍA Y MEDIO AMBIENTE

SOLO POR DINERO NO PODEMOS ENVENENAR NUESTROS ALIMENTOS

Mujeres rurales y soberanía alimentaria: necesidades y reflexiones

Estefanía Baquerizo Carchi

Agosto 2021



CAMBIO CLIMÁTICO, ENERGÍA Y MEDIO AMBIENTE

SOLO POR DINERO NO PODEMOS ENVENENAR NUESTROS ALIMENTOS

Mujeres rurales y soberanía alimentaria: necesidades y reflexiones

Estefanía Baquerizo Carchi



La situación global propiciada por la pandemia COVID-19 nos ha obligado como sociedad a replantearnos y problematizar ¿quiénes, cómo y en qué condiciones sostienen y han sostenido la vida? Ante un escenario en que, como humanidad, pusimos la supervivencia en el centro intentando conservar la salud y salir victoriosos y victoriosas de la enfermedad, han sido las mujeres quienes, a cargo de la alimentación y los cuidados, han dejado ver más que nunca que es sobre ellas y su trabajo invisibilizado que se sostiene el mundo; que si #NosotrasParamosParaElMundo.



Es importante y necesario hablar de mujeres rurales y soberanía alimentaria en la coyuntura actual, ya que la perspectiva de género y de la economía feminista —que ponen la reproducción y el sostenimiento de la vida en el centro de las reflexiones acerca de las condiciones en las que queremos continuar viviendo— es impostergable. Lo es a la luz de la experiencia que todas las personas vivimos en pandemia, que nos volcó a los cuidados esenciales, a lo colectivo, comunitario, solidario, sano y confiable. En otras palabras, se refiere a todo aquello que las mujeres rurales cultivan, tanto literal como metafóricamente en su cotidianidad y sobre cuyo trabajo invisibilizado se sostiene el sistema que actualmente precariza la producción de alimentos sanos y culturalmente adecuados en nuestro país, la región y el mundo.



Esta centralidad de las mujeres en la reproducción y sostenimiento diario de la vida nos obliga a mirar al campo, ya que son las mujeres rurales quienes suelen tener a su cargo los cultivos para el consumo interno en el país, y que por lo tanto están en la base de nuestra alimentación, nutrición, salud y cultura gastronómica como la conocemos, mientras que la economía capitalista se beneficia de ello; es decir, de las mujeres rurales y sus trabajos no podemos prescindir.



Hablar de mujeres rurales y soberanía alimentaria hace parte de una necesidad y propuesta de pensamiento crítico acerca de las vidas que queremos y merecemos vivir tanto en el campo, en los sectores populares, como en las zonas urbanas en su conjunto en Ecuador.

Contenido

1.	TODAS LAS VIDAS ESTÁN CONECTADAS CON LA PRODUCCIÓN CAMPESINA	4
2.	EL SISTEMA AGROINDUSTRIAL: UNA FICCIÓN PELIGROSA	5
3.	EL ROL PROTAGÓNICO DE LAS CAMPESINAS EN EL SOSTENIMIENTO DE LA VIDA	7
4.	TODO ESTÁ RELACIONADO: POLITIZANDO LA RELEVANCIA DE LAS MUJERES RURALES EN LA AGRICULTURA	8
5.	LAS EXIGENCIAS DE LAS MUJERES RURALES PARA SALDAR UNA DEUDA HISTÓRICA	10
6.	ROLES DE LAS MUJERES EN EL CUIDADO DE LA AGROBIODIVERSIDAD	11
7.	REFLEXIONES FINALES	14
8.	BIBLIOGRAFÍA	15

1.

TODAS LAS VIDAS ESTÁN CONECTADAS CON LA PRODUCCIÓN CAMPESINA

Ocho de cada diez alimentos para el consumo interno son producidos en el campo. Pero además, en la base de aquella producción se encuentran los cuidados, sostenimiento de redes comunitarias, liderazgos, saberes, trabajos no y mal remunerados, entre otros muchos roles, mandatos y aspectos a cargo de las mujeres rurales. Estos subsidian la economía entendida en términos capitalistas, aunque dicho sistema vuelva sus propias vidas cada vez más precarias al promover una visión hegemónica y excluyente que prioriza e impone la producción de alimentos ligados a la agroindustria.

En este contexto, han sido campesinos y campesinas quienes han permitido que hagamos frente a los peores embates de la crisis iniciada en marzo de 2020. Lo hicieron a través de su solidaridad y generosidad, y a pesar de las dificultades para que su producción llegue a las mesas de las familias urbanas.

Los aportes invisibilizados y precarizados que las mujeres rurales, desde su cotidianidad, hacen a la economía nacional y la lucha por continuar

proveyendo alimentos sanos y culturalmente adecuados a sus familias, comunidades y al mercado de consumo interno en el país son múltiples y multidimensionales. De tal manera, la soberanía alimentaria abordada desde una perspectiva de género debe ser interseccional y multidimensional para posicionar reflexiones críticas y profundas respecto de quiénes están en la base de nuestro sistema alimentario, qué producen y en qué condiciones. El propósito es, sobre todo, problematizar el sostenimiento de sus propias vidas como mujeres rurales para que puedan ser dignas, deseadas y culturalmente adecuadas.

A pesar de las cargas que recaen sobre ellas, las mujeres rurales resisten la amenaza que el modelo agroindustrial actual supone al sostenimiento de sus vidas; lo hacen desde prácticas como el cultivo de alimentos sanos para el autoconsumo propio y de sus familias, de tal manera que al menos parte de la alimentación no esté mediada por el acceso al dinero en condiciones cada vez más duras. Justamente este es un ejercicio cotidiano de devolver la dignidad a la reproducción de la vida en el campo.



2.

EL SISTEMA AGROINDUSTRIAL: UNA FICCIÓN PELIGROSA

A través de sus resistencias y alternativas cotidianas, las mujeres rurales hace mucho han tomado postura frente a la ficción que promueve el sistema agroindustrial actual. Dicha estructura promueve la idea de que el mejoramiento de las condiciones de vida del campesinado pasa por estrechar su relación con las lógicas del monocultivo, el encadenamiento agroindustrial y el uso de agrotóxicos y semillas industrializadas, por mencionar algunos aspectos que desde la lógica productivista capitalista se posicionan como inescapables.

Quienes en la base tienen a su cargo los cuidados, el sostenimiento y la reproducción de la vida en el campo, han comprobado año a año que las promesas del sistema actual no se materializan en mejores condiciones para la producción campesina y el desarrollo de sus proyectos de vida en condiciones dignas. Por ello, resisten a través de la preservación y valoración de cultivos que están siempre a su disposición, a la de sus familias y comunidades cuando no se respetan los precios de sustentación, se encarece el costo de los insumos, se dificulta el acceso al agua y a suficiente tierra. Las y los campesinos a nivel nacional sortean las situaciones que hacen intransitables las vías para sacar sus productos, el cierre de los mercados, entre otras dificultades en las condiciones actuales de producción.

Dar a la soberanía alimentaria la importancia y el lugar que se merece en la opinión pública es la más importante medida de bioseguridad que podemos implementar y normalizar. Esta nos permite protegernos entre nosotras y nosotros en sentido amplio, al tiempo que cuidamos nuestro entorno y aseguramos vidas dignas y deseadas para las poblaciones rurales, especialmente para las mujeres, quienes luchan día a día para hacerla posible, preservando semillas, cultivando con respeto y custodiando nuestra vasta cultura.

Por esto, a la luz del cambio de gobierno, de la conformación de la nueva Asamblea Nacional y de la relevancia que ha adquirido la posibilidad de seguir accediendo a alimentos sanos y de fuentes confiables, se vuelve una necesidad urgente e impostergable posicionar en el debate público las alternativas, propuestas y sujetas políticas centrales para alcanzar la soberanía alimentaria. Así, hemos de revertir la tendencia que desde 2013 ha favorecido los intereses empresariales que impulsan la agroindustria y las agroexportaciones, en detrimento del cumplimiento y respeto del Art. 281 de la Constitución de 2008: “La soberanía alimentaria constituye un objetivo estratégico y una obligación del Estado para garantizar que las personas, comunidades, pueblos y nacionalidades alcancen la autosuficiencia de alimentos sanos y culturalmente apropiados de forma permanente” (Asamblea Constituyente, 2008: Art. 281).

De ahí que las voces, necesidades sentidas, demandas y experiencias de las mujeres rurales son fundamentales en el marco de la reflexión acerca de la soberanía alimentaria en nuestro país: el entendimiento de que necesitamos un cambio en el paradigma de producción y relacionamiento con los recursos que la hacen posible en condiciones sostenibles y respetuosas con la biodiversidad y el ambiente en general; lo común y comunitario gestionado por el liderazgo de las mujeres en el campo es el punto de partida. En él encuentran asidero para las alternativas y la transformación desde la base, que son ellas mismas.

Dichas alternativas de urgente posicionamiento y visibilización para alcanzar la soberanía alimentaria pasan por poner la reproducción y el sostenimiento de la vida en el centro. Asimismo, requieren reconocer a las mujeres rurales como sujetas políticas y principales protagonistas del cambio de lógica de producción de la tierra hacia prácticas sostenibles, agroecológicas, sanas. Estas promoverán la justicia social, evitarán la migración a las ciudades y dignificarán las condiciones de vida en el campo.

3.

EL ROL PROTAGÓNICO DE LAS CAMPESINAS EN EL SOSTENIMIENTO DE LA VIDA

María Diocelinda Iza Quinatoa aborda dicho protagonismo y agencia desde la comunidad San Ignacio del cantón Saquisilí en la provincia de Cotopaxi; pertenece a la Organización de Segundo Grado “Mujeres Indígenas y Campesinas Sembrando Esperanza”

Somos 1 500 mujeres socias activas con poder de convocatoria que nos encontramos organizadas hace 38 años. Hemos tenido un rol protagónico y asumido mucha responsabilidad en luchar por seguir dedicándonos a la agricultura y garantizar la soberanía alimentaria. Nosotras protegemos a la Madre Tierra y las vertientes de agua, recuperamos las semillas ancestrales para no depender del mercado, pensamos en la conservación del ambiente y recuperamos la sabiduría de nuestras abuelas y abuelos.

Hemos posicionado que no queremos cualquier cosa en el estómago, sino alimentos producidos por nosotras y que sabemos de dónde vienen.

Nuestros roles de madres, esposas y cuidadoras hacen que seamos más solidarias y responsables en cuanto a la protección de la vida de los seres humanos, tanto en la familia, en la comunidad y la sociedad en general¹.

Son precisamente las redes comunitarias –gestionadas y mantenidas por mujeres a nivel rural desde sus prácticas cotidianas y muy anteriores a la pandemia– un permanente recordatorio de que lo que nos sostiene no son los individualismos ni los esfuerzos por incrementar la productividad y acumular. Más bien, lo que hizo posible nuestra supervivencia es la acción comunitaria y colectiva que tanto hemos destacado desde marzo 2020; en términos concretos, nuestro soporte ha sido el acceso a alimentos de la canasta básica gracias al esfuerzo, solidaridad y constancia de las y los campesinos quienes, con sus lazos sostenidos por los vínculos entre mujeres, llegaron hasta las ciudades en los momentos más duros.

¹ Entrevista realizada vía telefónica el 20 de julio de 2021. Mujeres rurales y soberanía alimentaria en Cotopaxi.

4.

TODO ESTÁ RELACIONADO: POLITIZANDO LA RELEVANCIA DE LAS MUJERES RURALES EN LA AGRICULTURA

En Ecuador se vuelve central dar a conocer la relevancia de la agricultura familiar y campesina para la producción y provisión de alimentos para la vida –en oposición a aquella agroindustrial por dólares–. A su vez, está inextricablemente relacionada y depende de los roles desempeñados por las mujeres rurales y la economía del cuidado que es posible gracias a su trabajo.

Por esto, la racionalidad de las mujeres rurales requiere ser politizada como una posibilidad de futuro fuera del modelo hegemónico actual; una posibilidad que, en muchos casos, ya es realidad en las chacras, huertos, traspatios, corrales, entre otras alternativas que están a su cargo y bajo sus cuidados. María Diocelinda Iza lo expone claramente:

Solo por dinero no podemos envenenar a quienes compran nuestros productos. Queremos compartir la solidaridad de alimentar a la ciudad con productos sanos.

Hay que dejar y enseñar cosas buenas a las nuevas generaciones, enseñarles a pensar en el resto y a tener la claridad de que nosotras no vamos a comer flores para exportación, por más que haya dinero.

Es necesario politizar esta ética, racionalidad y prácticas de las mujeres rurales y reconocer que en sí mismas son la alternativa, ya posible, y que en

la politización de la conservación, reproducción y diseminación de estos saberes, lógicas, resiliencias y resistencias está el camino de vuelta a los proyectos de vida que queremos sostener, a los que merecen ser vividos y queremos vivir más allá y por encima del capital, la explotación, la precarización, la mercantilización, el despojo y la destrucción. Y es que, actualmente, se nos plantea como la única vía posible, al margen de que sus beneficios estén reservados para muy pocos, y se desarrolle a costa de las manos que cultivan la tierra, sostienen y cuidan la vida y subsidian la economía tradicional.

Politizar la ética implica cuestionar y mirar críticamente aquellas iniciativas promovidas durante la pandemia que, al tiempo que cerraron ferias y mercados populares donde se comercializa la producción campesina sana, fresca y culturalmente adecuada, promovieron el enriquecimiento de grandes cadenas de supermercados –de acceso prohibitivo para la mayoría de la población por sus elevados costos–; permitieron que únicamente estas permanecieran abiertas, mientras que pretendían ayudar a las familias más vulnerables ofreciendo productos industrializados que no aportan al fortalecimiento del sistema inmunológico, como sí lo hace la variedad de cultivos de la producción familiar campesina que se mantiene a pesar de las trabas y la falta de acceso a recursos y medios de producción.

De aquí que sea fundamental poner a las mujeres rurales, sus reflexiones, experiencias y miradas críticas en el centro del pensamiento que haga posible el giro agroecológico hacia la materialización de la soberanía alimentaria más allá del papel. Son ellas, junto con las mujeres populares, quienes contienen cuando el sistema muestra sus debilidades, perversidades y fallencias, tal y como lo han venido haciendo silenciosamente prepandemia y de manera más exigente y evidente durante esta.

5.

LAS EXIGENCIAS DE LAS MUJERES RURALES PARA SALDAR UNA DEUDA HISTÓRICA

Se hace indispensable una politización que permita disputar la lógica de depredación de los recursos por una de aprovechamiento sostenible, donde repensemos nuestros vínculos con los medios de producción –tierra y agua como mínimos– en el camino hacia exigir que se salde la deuda histórica por el acceso digno y equitativo a estos por parte de las mujeres rurales. Así, apostarle a la vida, a la posibilidad de seguir viviéndola en condiciones dignas y deseadas es la lucha de todas y todos en conjunto, mas no se debe hacer a costa de las demás personas; para esto, es fundamental reconocer, posicionar y politizar nuestra interdependencia y necesidad de hacer comunidad, de unión y compromiso con la posibilidad y la alternativa de la transformación.

Para perseguir esa racionalidad y hacer posible la transformación del modelo de producción alimentario del país, es necesario contar con las condiciones habilitantes sin que, por ejemplo, sea un privilegio decidírnos por la producción agroecológica. Entonces, una condición *sine qua non* es detener el acaparamiento, despojo y deforestación de la tierra y los territorios del campesinado a nivel nacional que promueve el

proyecto hegemónico del agronegocio, de tal manera que las poblaciones rurales no se vean obligadas a participar del sistema sin opción de negociación ni beneficio alguno en su favor.

En este sentido, María Diocelinda menciona las que reconoce como demandas impostergables en calidad de mujer rural indígena comprometida con la soberanía alimentaria:

- Políticas públicas que garanticen el trabajo de las mujeres rurales para continuar recuperando los saberes ancestrales.
- Redes de comercialización que promuevan la cercanía con los consumidores.
- Créditos con intereses bajos para comprar tierras y producir orgánicamente, que estén disponibles para las mujeres sin la firma de los esposos.
- Reforestación para recuperar la fertilidad de la tierra erosionada y que vuelva a ser productiva.

6.

ROLES DE LAS MUJERES EN EL CUIDADO DE LA AGROBIODIVERSIDAD

La pérdida de biodiversidad tiene un efecto dominó sobre la capacidad de resiliencia de las y los campesinos: a menos diversidad, menos posibilidades de continuar con la racionalidad campesina de nutrirse y obtenerlo todo de la tierra. Ocurre lo contrario cuando tenemos los medios para producir de manera orgánica y cuidarla.

Disponer de variedad de semillas que solamente necesiten de cuidados del sol y del agua es lo que ha permitido que, a pesar de las condiciones duras en las que produce el campesinado, este pueda seguir resistiendo e ideando estrategias para solventar la reproducción de la vida en el campo. Este rol ha estado y está en manos de las mujeres, quienes custodian las semillas, siembran, cuidan, cosechan, comparten y administran los frutos de sus parcelas. Es por esto que la soberanía alimentaria, en términos prácticos, está intrínsecamente relacionada con el quehacer y los saberes de las mujeres.

Si las mujeres que actualmente hacen esto de manera residual en cualquier espacio que tienen a disposición contaran con políticas públicas, incentivos y fomentos en atención a sus necesidades sentidas dentro de un proceso participativo, realmente se podría avizorar un camino tanto hacia la justicia social como a la soberanía alimentaria desde una perspectiva de género. Ellas potenciarían lo que ahora hacen para el autoconsumo y lo trasladarían a mercados

locales donde pondrían a disposición alimentos sanos y culturalmente adecuados, cultivados por ellas mismas.

Un ejemplo de esto es el trabajo que realiza y la visión que nos comparte Milta Donoso Rosado, mujer agricultora de la parroquia Valle de la Virgen, del cantón Pedro Carbo, en la provincia del Guayas. Milta explica lo que para ella significa el privilegio de cultivar sus propios alimentos:

Lo primero es el amor a la tierra y saber que tengo todo en mi casa para hacerme mi comida. Por ejemplo, si hago un sancocho de pescado solamente compro el pescado, yo tengo el verde, yo tengo la yuca, yo tengo el maní, yo tengo el zapallo, tengo el frejol; solo utilizo el dinero para comprar el pescado o el atún enlatado.

Entonces, es emocionante saber que dentro de la finca donde una tiene un lote de terreno, una puede sembrar muchas cosas que utiliza para la alimentación y qué alegría es cuando una ve el plato y dice: "todo esto es de mi finca".

Yo cada que cojo un fruto que yo lo he sembrado, para mí es una emoción porque sé que aparte no voy a gastar en conseguirlo porque me lo he ganado con mi trabajo y también el poder compartir. Por eso, para mí lo primero es el amor a la tierra.

Durante la pandemia, pudimos valorar un poco más, como mujeres agricultoras del campo, la comida que tenemos porque estaba todo cerrado. No había cómo comprar ni cómo salir, entonces pudimos valorar más nuestros productos porque nunca nos faltó el verde, nunca nos faltó la yuca, nunca nos faltó el huevo, la gallina. Entonces sentí yo, como mujer campesina, que era un privilegio vivir en el campo.

Después de la pandemia, levantarme en la mañana y respirar aire puro para mí es algo valioso; en esta etapa de mi vida no cambio mi campo por la ciudad².

Sin embargo, a pesar de la gran conciencia que Milta tiene respecto de la importancia de los cultivos sanos y diversificados para el autoconsumo y la solidaridad entre familia y vecindario, Pedro Carbo, como muchos cantones de las provincias de la Costa, forma parte del encadenamiento productivo con la agroindustria del maíz amarillo. Así, ella y su familia también tienen dicho monocultivo en su parcela, lo que nos da perspectiva acerca de las encrucijadas en las que se encuentra la agricultura familiar campesina frente al embate de la agroindustria y el agronegocio.

En su familia, es ella quien ha rechazado la completa subordinación a la agroindustria del monocultivo y ha promovido la resiliencia de su entorno a través de la conservación de cultivos diversos, sanos y culturalmente adecuados que están disponibles para el autoconsumo. Y es que, a lo largo y ancho del país, las mujeres rurales son quienes han sido estratégicas para garantizar la supervivencia de sus huertas y la continuidad de la cría de animales menores y de corral, a pesar del encadenamiento productivo del agronegocio. A dichas mujeres rurales les

debemos la posibilidad de, a la luz de la pandemia que hemos vivido, reconocer la gran importancia de su trabajo, racionalidad, cuidados, entre otras acciones que garantizan la alimentación de las familias. En palabras de Milta:

La diferencia con el maíz es que es un cultivo que, si no se lo fertiliza, no se le pone químicos, no va a producir. A diferencia de mi huerto, que son productos que no necesitan químicos, que son orgánicos, se alimentan solo de la materia orgánica de la tierra; entonces, una lo consume con seguridad porque sabe que no tienen químicos y que inclusive una misma los produce. Por ejemplo: yo siembro el tomate, el pimiento, y ¡qué emocionante es cuando agarro un tomate y sé que es producido por mí!

Dentro de la pequeña chacra que tenemos sembramos maíz porque a través del maíz, crío gallinas, cerdos. Para el consumo nuestro tenemos gandul, que es frejolito de palo, tengo yuca, guineo, verde, papaya, tomate, pimiento, guaba y unas 15 matas de maracuyá.

Yo siembro estratégicamente el verde y el guineo, aprovechando los bordes de los esterillos, para aprovechar la humedad. La yuca, en una parte plana cerca de mi casa para tener facilidad e ir a cosechar. El tomate, asimismo, cerca de donde hay humedad. Son parcelitas pequeñas. El frejol lo sembramos intercalado con el maíz. Cuando cosechamos el maíz y tumbamos la panca, queda el frejol solo.

Son estos alimentos que estratégicamente cultiva Milta los que, en el caso de su familia que está dedicada al monocultivo de maíz duro,

2 Entrevista personal realizada el 15 de julio de 2021. Mujeres rurales y la soberanía alimentaria en la provincia del Guayas.

garantizan el acceso a producción para el consumo humano directo, es decir, que no está mediado por el mercado ni depende de la disponibilidad de dinero. Esto es contrario a lo que sucede en las ciudades, donde si no generamos dinero, no tenemos siquiera la posibilidad de alimentarnos.

Por ello, es tan importante posicionar el protagonismo de las mujeres rurales respecto a propiciar las condiciones para la soberanía alimentaria. Esto incluye desde el autoconsumo familiar hasta el abastecimiento de los mercados, cuya producción campesina provee 8 de cada 10 productos consumidos a nivel nacional.

En cuanto a dichas condiciones habilitantes para promover la resiliencia de la agricultura familiar campesina, Milta señala:

Una de las primeras cosas es capacitar a la gente del campo, darnos semillas porque eso nos falta para nosotros producir más variedad. Nos falta riego, acceso a tierra, nos faltan créditos para las mujeres del

campo, nos falta que tengamos organización para que todos nuestros productos, como en el caso de las y los compañeros de la Sierra, tengan un centro de acopio para los pueblos y encontrar ahí mismo, en el mismo territorio, estos productos orgánicos, naturales y que todos sepan que viene de donde nosotros mismos vivimos.

Para mí, es primero la comida, al igual que para todas las mujeres y amas de casa, sobre todo las mujeres que vivimos en el campo, que siempre estamos criando una gallinita, sembrando en una maceta un tomate, un pimiento, un pepino; por eso, es importante que sea a nosotras a quienes se escuche y apoye para que estos cultivos sanos sigan existiendo y se valore nuestro trabajo, que es valioso para la soberanía alimentaria, porque nosotras, las mujeres, somos el pilar del hogar, sabemos lo que es sano y cuántas papas hay que ponerle a la olla.

7.

REFLEXIONES FINALES

Como muestran María Diocelinda y Milta a través de su visión sentida de la problemática, el potencial de autosuficiencia al que aspiramos como parte de alcanzar la soberanía alimentaria, se encuentra en el apoyo a las alternativas productivas de las y los pequeños y medianos productores rurales. Esta se ajusta a su cultura campesina e indígena, más allá de la acumulación capitalista.

La soberanía alimentaria se plantea como el derecho de las personas, comunidades, pueblos y nacionalidades a definir sus propias políticas alimentarias. Dichas políticas deberán ser ecológicas, sociales, económicas y culturalmente sostenibles y apropiadas a sus circunstancias, por lo que estarán disponibles de forma permanente con base en la alimentación como un derecho.

En un momento en el que se pretende promover una mayor igualdad de género desde el gobierno

actual a través de una serie de iniciativas para cerrar brechas en cuanto al salario equitativo, por ejemplo, la reflexión más profunda a la que estamos llamadas y llamados como sociedad es, primero que nada, dejar de ocultar, invisibilizar y no reconocer el trabajo de cuidados de las mujeres rurales. Este es la base sobre la cual se sostienen y reproducen nuestras vidas y la economía misma como la conocemos en términos tradicionales dentro del sistema capitalista, puesto que se ha demostrado no viable a partir de la individualidad que pregona.

Más bien, cada vez se necesita más de la solidaridad, lo comunitario y el reconocimiento de la interdependencia. Todas ellas son prácticas cotidianas promovidas a cargo de mujeres rurales y populares, que nos reclaman la urgencia de poner la continuidad y dignidad de nuestras vidas en el centro.

8.

BIBLIOGRAFÍA

Daza, E. (2020). “Política pública, política agraria y soberanía alimentaria”. Cartilla en marco del proyecto “Educar para cosechar”. Stalin Herrera (coord.)

Asamblea Constituyente (2008). “Constitución de la República del Ecuador”. Registro Oficial 449, 20 de octubre 2008.

ACERCA DE LA AUTORA

Estefanía Baquerizo Carchi. Investigadora independiente en Género y Desarrollo con énfasis en la trayectoria de lucha y organización de mujeres rurales mestizas de la Costa en Ecuador. Doctora en Desarrollo Rural por la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) - Xochimilco.

PIE DE IMPRENTA

Friedrich-Ebert-Stiftung (FES) Ecuador Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales (ILDIS) Av. República 500 y Martín Carrión, Edif. Pucará 4to piso, Of. 404, Quito-Ecuador.

Responsable
Gustavo Endara
Coordinador de Proyectos
Telf.: +593 2 2562103

 **Friedrich-Ebert-Stiftung FES-ILDIS**

 **@FesILDIS**

 **@fes_ildis**

 **<https://ecuador.fes.de/>**

Para solicitar publicaciones:
info@fes-ecuador.org

Las opiniones expresadas en esta publicación no representan necesariamente las de la Friedrich-Ebert-Stiftung (o de la organización para la que trabaja el o la autora).

El uso comercial de todos los materiales editados y publicados por la Friedrich-Ebert-Stiftung (FES) está prohibido sin previa autorización escrita.

SOLO POR DINERO NO PODEMOS ENVENENAR NUESTROS ALIMENTOS

Mujeres rurales y soberanía alimentaria: necesidades y reflexiones

Estefanía Baquerizo Carchi



La situación global propiciada por la pandemia COVID-19 nos ha obligado como sociedad a replantearnos y problematizar ¿quiénes, cómo y en qué condiciones sostienen y han sostenido la vida? Ante un escenario en que, como humanidad, pusimos la supervivencia en el centro intentando conservar la salud y salir victoriosos y victoriosas de la enfermedad, han sido las mujeres quienes, a cargo de la alimentación y los cuidados, han dejado ver más que nunca que es sobre ellas y su trabajo invisibilizado que se sostiene el mundo; que si #NosotrasParamosParaElMundo.



Es importante y necesario hablar de mujeres rurales y soberanía alimentaria en la coyuntura actual, ya que la perspectiva de género y de la economía feminista —que ponen la reproducción y el sostenimiento de la vida en el centro de las reflexiones acerca de las condiciones en las que queremos continuar viviendo— es impostergradable. Lo es a la luz de la experiencia que todas las personas vivimos en pandemia, que nos volcó a los cuidados esenciales, a lo colectivo, comunitario, solidario, sano y confiable. En otras palabras, se refiere a todo aquello que las mujeres rurales cultivan, tanto literal como metafóricamente en su cotidianidad y sobre cuyo trabajo invisibilizado se sostiene el sistema que actualmente precariza la producción de alimentos sanos y culturalmente adecuados en nuestro país, la región y el mundo.



Esta centralidad de las mujeres en la reproducción y sostenimiento diario de la vida nos obliga a mirar al campo, ya que son las mujeres rurales quienes suelen tener a su cargo los cultivos para el consumo interno en el país, y que por lo tanto están en la base de nuestra alimentación, nutrición, salud y cultura gastronómica como la conocemos, mientras que la economía capitalista se beneficia de ello; es decir, de las mujeres rurales y sus trabajos no podemos prescindir.



Hablar de mujeres rurales y soberanía alimentaria hace parte de una necesidad y propuesta de pensamiento crítico acerca de las vidas que queremos y merecemos vivir tanto en el campo, en los sectores populares, como en las zonas urbanas en su conjunto en Ecuador.

Para solicitar publicaciones:
info@fes-ecuador.org